

RAMO DE FLORES

Hermoso ramo, cuyas tiernas flores
tan sólo brillan fugitivo instante,
no es tu aroma, no son tus resplandores,
digna embajada de pasión constante.

No pueden, sin sarcástica ironía,
ofrecer al amor prenda lejana
la anémone, que muere con el día,
ni la rosa, que vive una mañana.

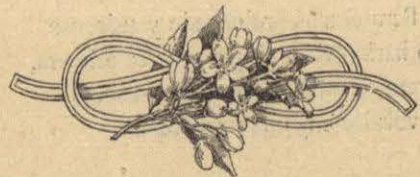
Pero decid á la que fiel adoro,
que si pronto perdéis brillo y colores,
vuestra belleza, pródigo tesoro,
renace sin cesar en nuevas flores.

Y que el amor, aunque perpetuo existe
llenando nuestras almas inmortales,
la rigidez inmóvil no reviste
de las flores de trapo artificiales.

Decidle que los cálices hermosos
abris, uno tras otro, en primavera,
cual los goces, que surgen numerosos
para mí en su mirada placentera.

Que no son esos goces menos ciertos
por sus continuos cambios sorprendentes,
cual no son menos bellas en los huertos
las anémones, todas diferentes.

Y que así cual nos dan distintas flores
de carmin, nieve ó crema, los rosales,
florecerán por ella mis amores
siempre sinceros, aunque nunca iguales.



FRANCISCO COPPÉE

1896

Seda. Prof. Josefa de la Carra



LOS OJOS DE LA MUJER

Al vivo resplandor del primer día
el Edén terrenal resplandecía.
Sobre el césped mullido
Eva, recién creada,
con los ojos cerrados todavía,
al lado del esposo adormecido
yacía entre las flores recostada.

Para el plan de Luzbel, que ya la acosa,
estaba soberanamente hermosa.
El rostro puro, en la copiosa lluvia
de los sueltos cabellos inundado,
reclinaba en el brazo, que encorvado
dejaba ver la pelusilla rubia
del sobaco blanquísimo. Del codo
á la robusta, mórbida cadera,
perfil de blanda ondulación corría,
y de adorable modo
hasta los pies menudos descendía.
El Creador estaba envanecido
de su hermosa criatura;
para formarla, habiale pedido
cuanto ofrece de bello, á la Natura.

Para endulzar su aliento,
la brisa que con tenue movimiento
se desliza entre lirios y azahares;
para dar el latido acompasado
á su seno nevado,

el armonioso ritmo de los mares.
Si hablaba en sueños, para dar canoro
timbre á su voz, sus notas deliciosas
pedía al de las aves dulce coro,
rayos al sol para sus rizos de oro,
color, para su cutis, á las rosas.

Pero Eva despertó: de su pupila
huyeron, como negras mariposas,
los últimos ensueños, y tranquila
brotó de ellos la luz. En aquel punto,
Dios, visible en las zarzas inflamadas,
quiso añadir bellezas más preciadas
de tantas gracias al feliz conjunto;
y alzando de sus párpados los velos,
puso de la mujer en las miradas
el infinito augusto de los cielos.

ADAGIO

Era muy solitaria la calleja,
y daba al campo. Al declinar la tarde,
yo iba en verano á contemplar la puesta
del sol esplendorosa, con la imagen
de mis dulces ensueños en el alma;
y solía tomar la angosta calle
para salir á las afueras. Pronto
noté que en una casa antigua y grande,
con estrechas persianas siempre juntas,
que el aspecto le daban de una cárcel,
todos los días, misteriosa dama
el adagio tocaba triste y grave
de la sonata en *la*. De verde pálido
y rosa el cielo se teñía. Nadie
cruzaba por allí. Yo, taciturno,
cabizbajo, cual suelen los amantes,
fija la vista en la empolvada hierba,
recorría con pasos siempre iguales,
y siempre á la hora misma la calleja,
é iba adquiriendo el hábito agradable
de oír aquella música tan dulce
en aquellas tranquilas soledades.

Sonaba el piano lento, quejumbroso,
triste, conmovedor, cual si evocase
de algún querido ausente la memoria,
ó el reproche quizás de sus fugaces
éxtasis amorosos de otros días.
Clavando yo los ojos penetrantes
en el cerrado muro, adivinaba
muchas flores, abriendo el tierno cáliz
en jarrones chinescos, un espejo
de lúgubre fulgor, bronces y esmaltes,
el retrato de un hombre altivo y duro,
de ojos negros, profundos, insondables;
una argentina lámpara, discreta
en la penumbra, y el antiguo clave
que abierto brinda el pálido teclado.
Y en el ambiente aquel dulcificante
de paz, silencio y música, un inmenso
dolor que oculto y resignado late.
El piano resonaba lento, lento,
más lento cada vez. Llegó una tarde
del claro Agosto, y sus postreras notas,
lentas, lentas, perdiéronse en los aires.

Llevaronme á otros sitios mis paseos;
pero molesto el popular enjambre
para mi siempre ha sido, y muchas veces
pensé en aquella solitaria calle.
Ya del todo cambió; los muchachuelos
del barrio aquél, con gritos disonantes,
juegan allí á los birlos, y otros pianos
tocan sin ton ni son polcas vulgares.

Á UNA MONEDA DE ORO

Una moneda nada más me queda
del que ayer disipé falaz tesoro.
Del gran Napoleón esa moneda
muestra el busto imperial grabado en oro.

Tristeza indefinible mi alma siente
al ver brillar sobre mi abierta mano
del Capitán la coronada frente,
su ceño altivo y su perfil romano.

Y me acongoja malestar interno,
¡oh engañoso metal, de falso hechizo!,
al comprender que es tu mentir eterno
el que á los hombres desiguales hizo.

Para que en ellos el rencor subsista,
tu supremo poder álzase odioso;
tú haces al rico duro y egoísta;
tú haces al pobre ingrato y codicioso.

Por la virtud inicua del dinero
son grandes ó pequeños los humanos;
en tu cuño, cual símbolo altanero,
graban siempre su rostro los tiranos.

Brilla en el oro la envidiada gloria
de Alejandro, de César ó de Augusto;
y aún más que esos colosos de la historia,
puede el metal do se estampó su busto.

Soberano poder él siempre ha sido.
Judas, que en su maldad goza y se engríe,
cuando á Dios ha entregado y lo ha vendido,
hace sonar su bolsa y se sonríe.

Moneda de oro á la que tantas manos
seguir ansiosas y anhelantes veo;
ninguno de tus dones soberanos
la pena valen del menor deseo.

Goce que ofreces tú, bien poco dura.
No logra nadie, á fuerza de millones,
de un grato ensueño la delicia pura,
el placer de las dulces ilusiones.

Mira á Cresos: el invierno pasa en Niza;
toma termales aguas en verano:
¿colórase su tez, siempre enfermiza?
No; salud con el oro busca en vano.

A quien vició el estómago en la mesa
daís en balde el manjar más exquisito.
Al quererlo tragar, se le atraviesa;
no se compra en la plaza el apetito.

«Esa esclava, judío, es una diosa.
Quiero, á la luz del sol, verla desnuda.»
Todo el placer que te dará esa hermosa,
parodia es del amor grosera y ruda.

Hay pobre gente, de ánimo apocado:
hay deformes, sin goce ni alegría...
Nadie vende valor en el mercado:
no hay bazar de hermosura y gallardía.

América no tiene oro bastante
para pagar los lauros de victoria
que al poeta sublime agonizante
en lúgubre hospital brinda la gloria.

Y todos los tesoros del Oriente
no os darían jamás los veinte abriles
de ese doncel, que pasa, alta la frente,
y una flor en sus labios juveniles.

Ricos, de endurecidos corazones,
de vuestra ceguedad mi alma se apiada.
¿Qué os venden por legítimos doblones?
Una felicidad falsificada.

Vais al teatro, y quiere la fortuna
que la Patti dé al viento el mejor trino;
yo en la selva, á los rayos de la luna,
oigo cantar un ruiñeñor divino.

El reuma, la gastritis que os maltrata
los comprasteis bien caros, ¡pobre gente!
Es la Naturaleza más barata;
brilla hermoso y gratuito el sol poniente.

Moneda de oro, triste y abatido,
al mirarte en mi mano reflexiono,
que fabricada para mí no has sido;
no cuesta nada lo que yo ambiciono.

En mi trémula diestra inútilmente
fulgulan tus destellos brilladores;
cuanto más clara en ti fijo la mente,
me ofenden más tus vivos resplandores.

Viejo y mendaz napoleón, me asusta
pensar cuán pocas veces te habrán dado
en recompensa merecida y justa,
en pago de un salario bien ganado.

Meditabundo, receloso y triste
tu fecha vi: mil ochocientos trece.
¿Precio infame y maldito quizás fuiste
de una traición que el ánimo estremece?

Cruzaba el enemigo las fronteras,
y deslumbrado por tu falso brillo,
otro Iscariote, de áureas charreteras,
vendió la Francia y su inmortal caudillo!

Si ese fué tu comienzo en este mundo,
¡cuánto después en tu carrera errante
habrás pagado, vicio inverecundo,
tarea vil ó tráfico infamante!

Ciega, de pie, sobre la movil rueda,
al azar la Fortuna te ha lanzado,
y corriendo entre sucia polvareda
en el lodo te agarra el más osado.

Quizás te manchó sangre; quizás luego
sobre el tapete verde rodarías,
ó te ocultó un avaro sin sosiego,
de crudo invierno en los temibles días.

O en la mano de impúdica tercera
te puso un viejo, de encendidos ojos,
al apartar el velo que cubriera
tierna beldad, aún llena de sonrojos.

Y en empresas intames ó livianas
pagaste odiosa, indiferente y fría,
venal conciencia todas las mañanas,
todas las noches repugnante orgía.

Mas ¡ay!, ¡mis justas quejas!, deteneos;
porque me advierte la razón discreta
que ni sus más legítimos deseos
logra, sin oro, el soñador poeta.

¡Antiguos tiempos, de feliz memoria,
en que vivían los dichosos vates,
de los dioses olímpicos la gloria
cantando, y de los héroes los combates!

¡Hospitalaria edad, que envidia inspira!
Sin recelo el poeta y sin temores,
llevando al hombro la empolvada lira,
entraba en el hogar de los pastores.

La familia escuchábale amorosa
y contemplaba su semblante austero,
mientras la hija menor, doncella hermosa,
los pies lavaba al pensador viajero.

Esa grata visión ¿por qué me abruma?
¿La condición de nuestra edad ignoro?
Hoy, poeta, tú vives de tu pluma;
la libre independencia es tu tesoro.

Véndenos los secretos de tu vida,
buitres que roen tus sangrientos flancos;
dinos si es blanca y rubia tu querida...
Todo lo hemos comprado por tres francos.

Para saldar tus cuentas, cosa justa,
tu corazón ensangrentado muestra;
la sociedad, si de tus versos gusta,
el bien ganado luis pondrá en tu diestra.

¿Por qué vano recelo te detiene?
Dijo un César, de espíritu seguro:
«Nada importa saber de dónde viene;
el oro siempre es bueno, siempre es puro.»

¡Oh, no! ¡Yo á ese baldón no me resigno!
Poderoso metal, que el mundo adora,
lo más odioso en ti, lo más indigno,
es tu fatal pureza engañadora.

Ni la sangre ni el vino te mancilla;
siempre eres limpio, hermoso, rutilante.
Hoy la acuñada imagen en ti brilla
como al salir del tórculo sonante.